v.602 7200-2 118
REMOTE STORAGE 602:1

UN CORAZON DE MUJER

DRAMA EN TRES ACTOS,

De don Víctor Balaguer, 1824-1901

Iu

PERSONAS.

GUSTAVO DE SAN LUIS.
VICTOR ROSAL.
JACOBO GIORDANI.
TERESA.
BLANCA FLORENCINI.
LORENZO.
MARIA.

ACTO PRIMERO.

Casa de recreo del conde de San Luis en las inmediaciones de Nápoles—Aposento ricamente amueblado.—En el fondo una puerta vidriera que da a los jardines.—Puertas laterales. La de la izquierda es el gabinete del conde. La de la derecha conduce a las habitaciones de la quinta.—En segundo término a la izquierda, la puerta del gabinete de la condesa.—En segundo término a la derecha, una ventana.

ESCENA PRIMERA.

MARIA, LORENZO.

(*María con un plumero en la mano asomada a la ventana, Lorenzo que sale del gabinete del conde con una carta.*)

Lor. Eh! qué tal!

Mar. (*Volviéndose azorada i no pudiendo reprimir un grito.*) Ai! me habia usted asustado... creia que era el amo.

Lor. Sí, el amo! Vaya un cuidado que a Ud. se le da del amo... siempre holgazaneando, siempre asomada a la ventana.

Mar. Es que estaba mirando el volcan, señor Lorenzo.

Lor. I qué tiene que ver usted con el volcan?

Mar Despide desde hoi al amanecer un humo mui negro, mui intenso, i esto dicen que es mala señal. Si fuéramos a tener una esplosion... Ai! señor Lorenzo, tengo un miedo...

Lor. Pues si tiene usted miedo, váyase usted a paseo con cien pares de demonios.

Mar. Jesus! qué mala mosca le ha picado a usted desde hace quince dias? Antes era usted tan bonachon, tan servicial.

Lor. Antes... ántes!

Mar. Se va usted volviendo como el amo que es tan severo, tan ríjido, con tan pocas palabras... No así mi pobre señora tan buena, tan amable... i a propósito, sabe usted que he notado, señor Lorenzo?

Lor. Qué ha notado usted, vamos a ver? Siempre será alguna majadería.

Mar. Majadería... ya! Esto desearia yo... no que ahora...

Lor. Acabará usted?

Mar. He notado que el ama tiene penas, Algunas veces la he sorprendido con los ojos hinchados como si hubiera llorado; está triste, cabizbaja... en fin, no es ella misma!

Lor. No es ella misma, eh!

Mar. He notado tambien que pasa muchas noches en vela...

Lor. En vela. I qué hace?

Mar. Qué sé yo! llorar sin duda. La pobre sufre mucho... I he notado tambien...

Lor. Acabará usted de haber notado? Vamos, que mas ha notado usted?

Mar. Digo que me parece haber notado que... vamos, qué sé yo... así... como si estuviera celosa del señor conde.

Lor. Celosa! (*Aparte.*) Tambien lo ha reparado ella!

Mar. Si! señor. Ai, señor Lorenzo, i que daño debe causar el tener celos!

Lor. Sí, efectivamente, comprendo que debe ser cosa... (*variando repentinamente de tono.*) Pero vamos a ver, i a usted qué le importa esto?

Mar. Ai! a mí nada, señor Lorenzo.

Lor. Pues entónces, si a usted no le va ni le viene, a que meterse en curiosear i andar averiguando la vida de los amos?

Mar. Pero...

Lor. No hai pero que valga... Es usted una holgazana, señora María. Mas valiera que cumpliese usted con su obligacion i no se metiese en camisas de once varas...

Mar. Pero si digo...

Lor. Digo, digo!... Lo que yo digo es que no dejará usted de ser nunca una bachillera, una...

ESCENA II.

LORENZO, MARIA, TERESA.

Ter. (*Que sale de su gabinete.*) Qué es esto? Riñendo ya?

Mar. Es que el señor Lorenzo...

Ter. Bueno, bueno, no quiero saberlo. Vete a arreglar el salon. No quiero gritos, me aturden las riñas, no permito discusiones en mi casa.

(*María sale por la puerta de la derecha. Teresa va a sentarse languidamente i como postrada en un sillon.*)

Ter. (*Mirando con disimulo a Lorenzo.*) Lleva una carta en la mano. (*Alto a Lorenzo que atraviesa el teatro disponiéndose a salir por la puerta de la derecha.*) A donde vas, Lorenzo?

Lor. (*Confuso*) Iba...

Ter. A donde ibas?

Lor. A un recado.

Ter. I esa carta?

Lor. Tengo que dársela a Pedro para que vaya a la ciudad a echarla al correo.

Ter. A ver. Dámela.

Lor. Es que...

Ter. (*Con tono suplicante.*) He dicho que me la dieras, Lorenzo. (*Lorenzo se la entrega.*) No me habia engañado : es para ella. Tres cartas en un mes! (*Leyendo el sobre.*) "A la señora Blanca Florencini, Lóndres." Me quema los labios este nombre cada vez que lo pronuncio.

Lor. Señora...

Ter. Toma. (*Devolviéndole la carta.*) Dale esta carta a Pedro, como tu amo te ha dicho... Que no vaya a perderla! Es... es para una amiga nuestra.

Lor. (*Aparte.*) Pobre señora! (*Vase por la derecha.*)

ESCENA III.

TERESA.

La Florencini!... Todos los que la han visto dicen que es bella... Oh! no tendrá celos. Los celos devoran. (*Pausa.*) Sí, Los celos queman el corazon. En una mañana se marchita una flor; en un año se agosta una belleza! Tambien decian ántes que yo era hermosa.

ESCENA IV.

TERESA, MARIA.

Mar. Un caballero pregunta por el señor conde.

Ter. Entrale recado. Yo me retiro a mi cuarto; no quiero ver a nadie. (*María entra en el gabinete del conde i a poco sale marchándose por la misma puerta de la derecha.*)

ESCENA V.

VICTOR ROSAL, LORENZO.

Ros. Por vida! quien me habia de decir que un dia te volveria a ver, que un dia volveria a hallarme con Lorenzo, con aquel Lorenzo Quitagozos, como te llamaban en Madrid, tan charlatan, tan aficionado a las muchachas guapas i... i al buen vino.

Lor. (*Entrando por la puerta de la derecha.*) Ya decia yo cuando le he visto a usted, esa cara no me es desconocida! pero cómo habia yo de acordarme del señor Víctor Rosal, aquel mala cabeza, aquel tronera, aquel calaverilla, aquel...

Ros. Mira, suprime los títulos. No me gusta darme importancia. I tu amo?

Lor. Tan bueno... el mismo que ántes. No ha variado ni en un ápice.

Ros. Me han dicho que se ha casado?

Lor. Pues le han dicho a usted la verdad.

Ros. Un nuevo mártir. Como ha de ser! Háyale Dios perdonado. I dime, qué tal es su mujer?

Lor. Guapa moza, a fé mia.

Ros. Española tambien?

Lor. Italiana.

Ros. Buena?

Lor. Como un ánjel.

Ros. Amable?

Lor. Como ella sola.

Ros. Rica?

Lor. Como un sultan.

Ros. I celosa?

Lor. Como un turco.

Ros. Guapa, rica i celosa! Bah! pues entónces no me parece que haya cometido tan gran disparate. La última circunstancia es la única de que la dispensaria de mui buena gana. Los celos de una mujer, i de una italiana sobre todo, suelen ser fecundos en resultados...desastrosos.

Lor. Esto la afea algun tanto, sí, señor. Si viera usted! es tan amable, tan bondadosa, tan buena para todos! Es lo que se llama un ánjel de perfeccion, quiere a su esposo con idolatría, pero la devoran los celos. Le parece que todas las mujeres quieren robarle su marido i le tiene prohibido hablar con ninguna.

Ros. Prohibicion es que haria yo todo lo posible para... no cumplir. Me gusta lo vedado; soi hijo de Eva.

Lor. Ahí viene el señor conde. Les dejo a ustedes solos. (*Vase por la derecha.*)

ESCENA VI.

SAN LUIS, ROSAL.

San Luis. (*Por la primera puerta de la izquierda.*) Como! Eres tú, Víctor, amigo mio! (*Se abrazan.*)

Ros. Yo mismo en cuerpo i alma. Aprieta, pues, *corpo di Baco!* como dicen los moradores del pais en que estamos; aprieta, *ventrebleu*, como dicen los habitantes del pais de donde vengo; toca estos cinco, canario! como decimos los españoles.

San Luis. Tú siempre el mismo.

Ros. Siempre, pero correjido i aumentado. Antes juraba no mas que en un idioma, ahora juro en tres.

San Luis. I de cuando acá por estas tierras?

Ros. Desde esta mañana.

San Luis. I llegas de Francia?

Ros. Sí, de Paris.

San Luis. Cuéntame, hombre, cuéntame. Debe ser larga tu historia, desde que no nos hemos visto.

Ros. No creas, es por el contrario mui corta.

San Luis. Como dejaste nuestra España, nuestra cara patria?

Ros. Nuestra cara patria estaba mui enferma cuando tuvo el disgusto de perderme, i desde que estoi fuera, ha ido de mal en peor. La revolucion ha improvisado jenerales i yo me improvisé poeta en alas de la revolucion. Ya sabes, yo siempre aficionado a las musas... Me dí a volar por esos mundos de Dios, sin salir de Madrid, se supone... Me dividí en fragmentos, es decir en himnos patrióticos que obtuvieron un éxito asombrosamente colosal. Cobré fama, me remonté a las nubes, me proclamaron poeta a la faz de todos los concurrentes al café de la Reina, i sufrí tambien mi bautismo de sangre... sí, amigo mio, en una escaramuza con los carlistas gané una cruz en promesa, i un balazo en realidad. Aquello me dió a conocer que mui bien podria suceder que llegara a favorito de Apolo, pero que maldita la inclinacion que le tenia a Marte. Ví que allí no habia medio de hacer carrera, me acordé entónces de Paris, de esa Sodoma del siglo, de esa Gomorra encantada, hice mis avíos i...

San Luis. I abandonaste nuestra patría? i, mal hijo, dejaste a nuestra madre al borde de un abismo, con una guerra civil en perspectiva! I te despediste de ella cuando mas necesidad tenia de defensores, cuando le hacian falta corazo-

nes aguerridos, que se agruparan al pié de sus banderas?

Ros. I que quieres, amigo mio! A España le faltan soldados i no poetas, hombres de espada i no de pluma. Ha llegado para ella la época de los balazos; ya le tocará su turno a la época de los versos. I tú, vamos a ver qué te haces, cómo vives? Hecho un príncipe me han dicho?

San Luis. Qué mas puedo desear? Habito esta deliciosa quinta al pié del Vesubio, de ese volcan tan temido que siempre amenaza i que nunca muerde; i las caricias de una esposa encantadora como un ánjel, han vuelto el brillo a mis pálidas mejillas i han borrado las arrugas de mi frente.

Ros. Sí, ya me acuerdo: tambien has padecido, tambien has pagado tu parte de dolor, tu tributo de lágrimas al sufrajio universal.

San Luis. Oh! me envena todavía el corazon aquel recuerdo...

Ros. I era una chica mui guapa tu hermana! No la conocí, pero tal era la voz pública.

San Luis. La queria como a un Dios. Ni la amistad ni el amor, la hubieran robado nunca mi fraternal cariño. Así es que despues de cinco años de inútiles pesquisas, de cinco años de amargura, de cinco años de lágrimas, he cifrado todo mi amor i esperanza en ese ánjel que ha bajado del cielo para refrescar mi frente con el púdico soplo de sus alas, en esa compañera, escojida por Dios talvez, que hallé en un jardin de la Italia i que ha trocado mi vida en un cielo de embriagadora felicidad.

Ros. I durante esos cinco años nada supiste? ni siquiera una nueva?

San Luis. Ni siquiera una carta. Supe sinembargo que el vil seductor, el mal caballero que habia logrado con astucias indignas arrancarla de mis brazos, la condujo a Paris, i la abandonó... sí, el infame la abandonó. Entónces mi pobre hermana, no atreviéndose sin duda a escribirme i viéndose entregada a sus propios recursos, entró en el teatro bajo el nombre de...

Ros. Bajo el nombre de...

San Luis. (*Reprimiéndose.*) No me acuerdo.

Ros. I tu esposa?

San Luis. Oh! nada sabe mi esposa. Ni una palabra con respecto a mi hermana delante de ella. Es una mujer de costumbres severas, educada con los principios mas ríjidos i aristocráticos. Me quiere con toda su alma i seria desgarrarla el corazon si supiera que existia una artista en su familia. Tambien he sido yo educado en semejantes principios, tambien me han inculcado tales máximas, pero me sobrepongo a las preocupaciones vulgares porque sé que toda carrera honra al que la sigue, miéntras la siga sin rubor en la frente, sin vergüenza en el corazon. No así mi pobre hermana: su corona de artista oculta la mancha de su frente. Oh! ni una palabra a mi esposa, Víctor, ni una palabra. Seria matarla!

Ros. No tengas cuidado, contra mi costumbre me callaré.

San Luis. Ven, vamos a dar una vuelta por el jardin. Necesito distraerme un poco; cada vez que pienso en ello... oh!

Ros. Pero hombre, que diablo!

San Luis. Sígueme. (*Vanse por el fondo.*)

ESCENA VII.

TERESA I MARIA.

Ter. (*Que sale de su gabinete i sentándose en uno de los sillones.*) Son en vano mis reflexiones todas. Ese pensamiento me hiere el corazon como la punta de un puñal, sigue mis pasos como sigue la sombra al cuerpo, me emponzoña el alma como el remordimiento a un criminal. Oh! los celos! los celos! I sinembargo no sé nada, nada he visto, pero ha entrado la duda en mi alma, i la duda es para mi insensato amor de esposa la realidad. (*Viendo a María.*) Quién?

Mar. (*Saliendo por la derecha.*) El señor marques Giordani pide permiso para entrar.

Ter. (*Ap.*) Ese fátuo ahora! (*Alto*) Que pase adelante.

(*Vase María por la derecha. Sale el marques por la misma.*)

ESCENA VIII.

TERESA, EL MARQUES.

Marq. Amable deidad, seductora, sirena de estos lugares encantados, acojed benigna los fervientes votos que para vuestra conservacion osa deponer a vuestras plantas el mísero mortal que se cuenta en el número de vuestros mas entusiastas adoradores.

Ter. Se vende usted mui caro marques!

Marq. (*Ap.*) Bravo; ha notado mi ausencia.

Ter. Tres dias sin verle!

Marq. (*Ap.*) Ha contado los dias. Soi feliz!

(*Alto.*) Amabilísima señora; astro refuljente, tres dias... digo mal, tres siglos hace en verdad que estoi a oscuras, privado de los benéficos rayos de vuestro sol, pero como os dignásteis acojer con desagrado, el último dia que os ví las protestas de mi piramidal amor...

Ter. (*interrumpiéndole.*) I por qué no ha de contentarse usted con mi amistad?

Marq. (*continuando.*) Me he visto precisado a condenarme a un voluntario destierro que ha sido para mí peor que el tormento de Sísifo.

Ter. Dejemos esto, marques, créame usted... no quiera usted quedarse al mismo tiempo que sin mi amor, sin mi amistad.

Marq. Oh! señora! La amistad de usted! I qué, su sola amistad puede estinguir el fuego que arde en mi pecho, la lava que corre por mis venas, el cráter que existe en mi boca. Soi un volcan, señora, créame usted, soi un volcan. El Vesubio es nada comparado con...

Ter. (*levantándose.*) Dispense usted caballero, si negocios indispensables me obligan a retirarme.

Marq. (*Deteniéndola.*) Ah! señora, no se vaya usted por piedad; no precipite usted al alma que fluctúa al borde del abismo, no abra usted la tumba al infeliz... (*Viendo que Teresa se marcha.*) Por piedad quédese usted, condesa, seremos amigos.

Ter. Me promete usted tener juicio?

Marq. Juicio! Puedo yo acaso tenerlo al lado de usted májica deidad de resplandecientes miradas que...

Ter. Otra vez? Me voi...

Marq. Nó, nó, prometo tenerlo.

Ter. Bueno pues, abandone usted sus grandes palabrotas vacías de sentido i hagamos las paces (*sentándose*). Hablemos de otras cosas.

Marq. I de qué otra cosa puedo hablar...

Ter. De teatros por ejemplo. Ya sabe usted cuan aficionada soi yo al teatro.

Marq. Sí? pues no lo habia notado.

Ter. Oh! en sus viajes, marques, debe usted haber visto magníficos teatros, oido mui buenas voces. Hace tres meses, cuando llegó usted de Lóndres, me acuerdo que hablaba con un entusiasmo, con un calor, con una pasion de una cantante... de una... de una tal Blanca... Blanca...

Marq. Blanca Florencini?

Ter. Sí, eso es, la misma.

Marq. Oh! la célebre cantante. (*Ap.*) Bestia de mí! ahora caigo. Tendrá celos. Oh! decididamente la he flechado.

Ter. Sí, la célebre cantante, segun dicen; una gran artista.

Marq. (*Haciéndose el desdeñoso*). Sí, una gran artista en efecto. La conocí en Lóndres, me presentaron a ella, no porque yo lo solicitara, no en verdad... Es mui lijera, mui caprichosa la tal Florencini.

Ter. Ah! con que es caprichosa?

Marq. (*Ap.*) Celos son. No lo digo! Está visto la he flechado, la he flechado. (*Alto*) Fuí algunas veces a su casa i por esto dió la jente en decir que era yo su amante... su amante yo? qué locura! No digo que si yo hubiera querido... pero...

Ter. (*Ap.*) Necio! (*Alto*) I dígame usted marques, es hermosa esa mujer?

Marq. (*Ap.*) Cuando yo decia que eran celos! Oh! ya estrañaba yo! Resistirme a mí.... a mí? Vamos, me parecia imposible.

Ter. Mui hermosa será cuando no se atreve usted a contestarme.

Marq. Oh! no lo crea usted, condesa, es... es una figura así... como si dijéramos.... oh! cien millones de veces inferior a la de usted... A mas, que usted misma podrá juzgarlo.

Ter. Como yo misma?

Marq. Sí, mañana debuta en el teatro de San Cárlos.

Ter. Quién?

Marq. Toma! de quien hablamos pues? La Florencini.

Ter. La Florencini en Nápoles!

Marq. Ha llegado esta mañana.

Ter. Ella aquí.... aquí mismo... tan cerca de mí?

Marq. (*Ap.*) Ai! ai! ai! Buena la hemos hecho. Por lo visto no sabia.... i yo zopenco de mí, que se lo he ido a decir... Lo que ménos me saca los ojos.

Ter. (*Levantándose i cojiéndole fuertemente del brazo.*) Ha dicho usted verdad, marques? Está efectivamente en Nápoles la Florencini?

Marq. (*Mirando hácia el fondo.*) Señora, veo allí a su señor esposo de usted...

Ter. Mi esposo!... Silencio, marques, silencio. Ni una palabra.

Marq. (*Ap.*) El tirano asoma por el fondo. Ai, Dios mio! i que a buen tiempo llega el tirano para sacarme de apuros.

ESCENA IX.

TERESA, SAN LUIS, MARQUES, ROSAL.

(*San Luis i Rosal vienen del jardin.*)

San Luis. Oh! señor marques!

Marq. Señor conde! (*Truecan un saludo.*)

San Luis. (*A Teresa.*) Amada mia, permite que te presente a mi amigo, al mejor de mis amigos, a Víctor Rosal mi camarada de colejio, mi compañero de infancia.

Ter. Semejantes elojios en boca de mi esposo, caballero, me obligan a demostrarle a usted cuanta es mi alegría al tener que añadir un nombre al corto número de nuestros amigos.

Ros. Señora, yo soi por el contrario quien me felicito por la honra que se digna usted dispensarme.

San Luis. (*Presentando Rosal al marques.*) El señor Víctor Rosal poeta distinguido i apreciado. (*A Rosal*) El señor marques Jacobo Giordani. (*Truecan ámbos un saludo.*)

Marq. Señor mio, estoi a las órdenes de usted. Los amigos del conde son mis amigos i mis amigos son los amigos de todo el mundo.

Ros. Gracias, señor marques.

(*El marques pasa a hablar con Teresa. Rosal llama aparte a San Luis.*

Ros. Quién es ese necio?

San Luis. Un marques.

Ros. Toma! Es lo mismo que si me dijeras: un tonto.

San Luis. Es como ya te he dicho el marques Jacobo Giordani, el corre-ve-i-dile de las damas, un buen hombre que se cree que todas se mueren por sus pedazos i que a todas hace la corte. Mui pagado de sí mismo, amigo de todo el mundo, protector de los desvalidos i en particular de las desvalidas, charlatan impertérrito...

Ros. Vamos, ya estoi; como si dijéramos: un mueble de absoluta necesidad en todos los salones.

San Luis. Cabalmente.

Ter. (*A Rosal.*) Pensais permanecer mucho tiempo en Italia caballero?

Ros. Nó, señora i lo siento. Mis obligaciones me reclaman en Paris. Solo algunos dias...

Ter. Tan pronto!

Ros. En cuanto cumpla con mi comision, señora. Soi plenipotenciario, vengo en nombre de una de las empresas de Paris a ajustar esa famosa Blanca Florencini...

San Luis. (*Sorprendido.*) La Florencini...

Ros. Sí, la misma que debuta mañana en el teatro de San Cárlos; esa célebre cantante.

San Luis. (*Mas sorprendido aun.*) La Florencini en Nápoles!

Ter. (*Ap.*) Se ha turbado.

Marq. (*Ap.*) Calla! Tampoco lo sabia él!

ESCENA X.

DICHOS LORENZO.

Lor. (*Por la derecha.*) Una carta para el señor conde; urjente.

Ter. (*Tomando con indiferencia la carta i leyendo disimuladamente i con frialdad el sobre.*) Sí, es para tí, i en efecto, dice urjente. Toma. (*Se la da: Ap.*) Es letra de mujer.

San Luis. (*Conociendo la letra del sobre. Ap.*) Es suya... Dios mio! (*Abre la carta i la lee para sí.*) Oh! Dios mio! por fin volveré a verla. I yo que la habia escrito a Lóndres esta mañana. (*Alto a Lorenzo.*) Quién ha traido esta carta?

Lor. Un lacayo que ha quedado aguardando. Me ha preguntado si debe llevar contestacion.

San Luis. Se la daré yo de palabra.

(*Vase con Lorenzo por la derecha.*)

ESCENA XI.

ROSAL, TERESA, EL MARQUES.

(*El marques se acerca a la ventana i se apoya sobre su antepecho cruzado de brazos.*)

Ter. (*Aparte.*) Dios mio! siento que el corazon se me hiela. (*Alto a Rosal.*) Con qué, tan pronto abandonais a Italia?

Ros. Mucho me pesa, señora, pero así debe ser. La Italia es mi sueño de poeta, mi tierra prometida, pero fuerza me es dejarla. Sinembargo, no creais que la olvide fácilmente. La Italia es como una de aquellas encantadoras bellezas de griego perfil que se ven una vez, una vez sola, en un baile, en un teatro, en un paseo, i que basta esta sola vez para dejar grabado su recuerdo en nuestro corazon.

Marq. (*Aparte en la ventana.*) Que es lo que veo! La librea de la Florencini. Sí, levita verde, cordon amarillo, vueltas blancas. Toma! i es Juan su lacayo. Ai! ai! ai! ai!

Ter. (*Al marques.*) Marques?

Marq. Señora? (*abandonando la ventana.*)

Ter. Quisiera que usted que es tan buen cicerone, tan ilustrado, quisiera, digo, que se sirviera usted acompañar al señor a mi gabinete mostrándole las joyas que poseo de nuestros mas célebres pintores.

Marq. Con mucho gusto, señora.

Ter. Vaya usted caballero. Encontrará usted compatriotas i conocidos. Tengo un

Murillo que es la gloria de mi casa i dos Riberas que son la admiracion de la Italia.

Ros. Si yo fuese pintor, señora, con solo retratarla a usted me atraeria la admiracion del mundo.

Ter. Adulador tambien!

Ros. No por cierto. Vamos marques.

(El marques i Rosal entran en el gabinete de Teresa.)

ESCENA XII.

TERESA; SAN LUIS.

San Luis. (Por la derecha.) I nuestros huéspedes, querida mia!

Ter. Les acabo de mandar a ver mi museo. Necesitaba hablarte a solas.

San Luis. Hablarme a solas!

Ter. Sí, quisiera pedirte un favor, Gustavo.

San Luis. Qué puedo yo negarte, ánjel mio? Manda, qué exijes de mí?

Ter. Quisiera que me fueses franco.

San Luis. Franco! Acaso has dudado alguna vez de mi franqueza con respecto a tí?

Ter. Nó, Gustavo, pero te amo mucho, demasiado tal vez... Tú lo sabes. Educada en un convento, la primera vez que mi familia me hizo entrar en el gran mundo te conocí: tú fuisteis el primer hombre que deslizó palabras de amor en mi oido, el primer hombre que hizo palpitar mi corazon a impulsos de una sensacion desconocida, i, jóven inesperta, me arrojé en tus brazos con toda la fé, con todo el entusiasmo, con toda la sinceridad de un primer amor...

San Luis. Pero a qué viene ahora...

Ter. Me es indispensable recordártelo, Gustavo. Sí, crei en tí como en el único ser que podia labrar mi dicha. No hallo creencia mas que en tu amor; él es mi esperanza, mi porvenir, mi todo. Ya ves, nosotras pobres mujeres educadas sencillamente, sin esas grandes emociones, sin esas terribles pasiones que combaten el corazon del hombre, vemos deslizarse tranquilamente nuestra vida sin pensar mas que en nuestras galas, en nuestras flores, en perecederos adornos que nos hacen vivir un dia, solo un dia en un salon. Por esto cuando late nuestra alma a impulsos de una sensacion desconocida, es porque empieza una nueva vida para nosotras, es porque a los cálidos rayos de un sol de esperanza rompemos, como débiles mariposas, la cáscara que por largo tiempo nos ha tenido cautivas, i entónces...i entónces creemos porque se apodera el amor de nuestro pecho, un amor grande, irresistible, ciego, i el mundo lo es todo con nuestro amor, i sin nuestro amor no hai nada, nada mas que vacío, soledad, veneno.

San Luis. Pero Teresa, vida mia, por cierto que no comprendo a que conducen tales ideas; has visto algo en mí que pueda hacerte dudar, sospechar siquiera?

Ter. Que sé yo, Gustavo! Tenemos en la vida dias aciagos, dias fatales en que de todo se duda i en que todo se vé sombrío. Me oprime el corazon un presentimiento, un presentimiento desgarrador.

San Luis. Un presentimiento! Amada mia, tú tambien lo eres todo para mí, bien lo sabes. Desecha por consiguiente esas fúnebres, esas locas ideas.

Ter. Pero esa mujer, Gustavo... esa mujer...

San Luis. Qué mujer! de quién hablas?

Ter. Esa actriz... esa Florencini... Ves, te has inmutado ya, ha cruzado tu frente la sombra de una arruga... Gustavo, Gustavo, sí, estoi celosa. Me envenena el corazon el nombre de esa mujer. No sé por qué... no sé cómo... no sé de que manera... pero... estoi celosa!

San Luis. Teresa, vida mia, en verdad que hoi no te comprendo, estás desconocida a mis ojos. Por qué citar a una mujer, a esa mujer que no conozco... que no quiero conocer?

Ter. Es que hace tres meses, cuando Giordani llegó de Lóndres, cuando por primera vez sonó en mi oido el nombre de esa mujer, ya me pareció que se oprimia mi corazon, me pareció que aquel nombre iba rodeado de una aureola de desgracias. I luego, cada vez que se hablaba de ella ante ti, palidecias, te inmutabas... Oh! todo lo observé, los celos que comenzaban a despertarse en mi corazon me lo hicieron observar todo, enteramente todo.

San Luis. Nó, no sentia hácia esa mujer mas simpatías que las que se sienten hácia el mérito, hácia el ser que saliendo de lo vulgar de los hombres, se eleva sobre ellos con la diadema del mérito en la frente, con el aplauso de los demas hombres a sus plantas.

Ter. Oh! nó, mis celos han hecho que te estudiara demasiado bien. Dime, Gustavo, dímelo... necesito creer, me es indispensable tener fé... Esa mujer, ha sido ántes de casarte conmigo tu querida?

San Luis. Oh! nó.

Ter. Gustavo, Gustavo, no sé si me engañas, pero seria una crueldad si así fuera,

seria no tener piedad, no tener corazon. Oh! no ames nunca a esa mujer, Gustavo! Soi italiana, i terribles, mortales, son mis celos.

San Luis. El marques i Rosal. Silencio.

ESCENA XIII.

EL MARQUES, ROSAL, TERESA, SAN LUIS.

Ros. Señora, le doi a usted mi parabien. Lo que usted tiene allí es un tesoro: es una crecida coleccion de joyas, de las cuales cada una vale un mundo i alguna que otra un cielo.

San Luis. Mi mujer es aficionada a la pintura, a las artes, i halla gusto en reunir en su museo las obras maestras de algunos pintores.

Marq. Sí, todos los que tenemos corazon somos artistas (*Ap.*) Diablo, diablo! No puedo quitarme de la cabeza lo del lacayo de la Florencini. Si será que ella i el conde... Oh! pues entónces el negocio entre su mujer i yo iria viento en popa.

Ter. Sí, caballero. Lo que usted ha visto es mi riqueza. Celebro que mis cuadros hayan merecido la aprobacion de usted. Es un elojio que me halaga, pues que prueba a lo ménos que he tenido gusto en la eleccion.

Ros. Completo, señora. Hai allí obras capaces de hacer condenar a un artista i de abrir las puertas del cielo a un pecador. (*Rosal se pone a hablar en voz baja con Teresa. El marques se pasea por el fondo.*)

ESCENA XIV.

DICHOS, LORENZO.

Lor. (*Con una llave en la mano.*) Un lacayo de la señora Florencini me ha entregado esta llave para usted.

San Luis. (*bajo a Lorenzo.*) Imprudente!

Ter. (*Volviendo repentinamente la cabeza al nombre de Florencini.*) Qué, qué es eso?

San Luis. Nada, nada, amiga mia. Lorenzo que me trae la llave de mi gabinete que habia dejado olvidada en una mesa del salon.

Ter. Ah!

San Luis. Pasemos al salon, señores. Todavía hai allí algunos cuadros que debes admirar, Víctor. Vamos, da el brazo a mi esposa, te permito que le hagas la corte, pero de buena lei.

Ros. Se dignará usted aceptar mi brazo, señora?

Ter. Con mucho gusto caballero.

San Luis. I usted marques?

Marq. Les sigo a Uds. (*Vánse por la der.*)

ESCENA XV.

EL MARQUES.

Decididamente soi un necio. Cada dia me voi convenciendo mas de que soi un tonto. A lo que parece, de quien está celosa es de él i no de mí... Por vida! Pero, si está celosa de él, la ocasion se me presenta ni pintada. El me roba la Florencini, yo le robo su mujer. Represalias justísimas... Sí, esto es... Teresa tiene celos... sus celos me vendrán a las mil maravillas. Cantemos victoria. Demasiado se sabe aquello de que a rio revuelto... puntos suspensivos.

ACTO SEGUNDO.

Cuarto de la Florencini en el teatro de San Cárlos.—A la derecha una puerta que abre sobre una escalera que da a la calle.—A la izquierda otra que figura ser la de un gabinete de tocador.—En el fondo la que comunica con el teatro.—Sofá, sillones, mesa, tocador, luces encima del tocador.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUES.

No hai nadie aquí. Semíramis estará recibiendo las felicitaciones de los héroes de entre bastidores. Qué mujer, i qué triunfo! Poder de Dios! el teatro venia abajo. Cuan dulce es el decirse a sí mismo: «esa mujer a quien todos aplaudís, esa reina del teatro, esa célebre cantante, es mi querida i tengo yo la llave de su cuarto para ir a visitarla en concluyendo la ópera! Oh! sí, es mui dulce, mui

satisfactorio, mui estomacal. Verdad es que ella dice que no me quiere i verdad es tambien que para conseguir la llave de esa puerta que da a la calle, he necesitado comprar a su doncella, que como doncella de *prima donna* se ha vendido mui cara... pero para el caso es lo mismo. Lo cierto es que aguardo a Semíramis para arrojarme a sus plantas i hacerla deponer a fuerza de amor i de promesas todo su orgullo, para que a su turno se arroje a mis brazos. I se arrojará sí, es cosa segura, se arrojará. Qué diablo! la mujer que ama a uno ama a todos. Esto es un axioma. Sospecho que... vamos... que se entiende con ese bueno de San Luis i entendiéndose con él, como es posible que deje de entenderse conmigo? San Luis! Vaya una mujer como tiene San Luis! Es un tigre de virtud. Resistirme a mí? al marques Jacobo Giordani que cuenta por dias sus hazañas? Vamos, es cosa nunca vista. Si lo dijera no me creerian. Afortunadamente me consolaré con la Florencini. Qué diablo! de mujer a mujer no va nada. Verdad es que la condesa me hubiera sido mas provechosa para el bolsillo, pero en fin, la Florencini tampoco me será tan costosa de palabras...i palabras i dinero todo es ahorrar... Allá se van...Me parece haber oido... sí, álguien hai en aquel cuarto. *(Acercándose al gabinete i mirando por el ojo de la llave.)* Toma! I es ella! ella que se ha despojado ya de su traje i va a venir hecha un Marte de hermosura. *(Tendiéndose en un sillon.)* Bravo. Se abre la puerta, se corre el telon. Silencio! empieza el espectáculo. El primer galan i la primera dama están en escena. Qué diablo! no puede ménos de ser interesante la escena. A la una le sobra belleza, al otro le sobra descaro. Atencion.

ESCENA II.

BLANCA FLORENCINI, EL MARQUES.

Blanc. (por la puerta del gabinete.) Cómo! usted aquí, señor marques?

Marq. (que se levanta para saludarla i se vuelve en seguida a recostar en un sillon.) El mismo, amabilísima deidad, encantadora Venus del teatro.

Blanc. Confieso que me sorprende. Habia dado órden para que no se permitiera a nadie la entrada...

Marq. (Levantándose.) Es que mi entrada no ha sido por allí *(señalando la puerta que comunica con los bastidores.)* Sino por aquí. *(Señalando la de la calle.)*

Blanc Quién os ha abierto la puerta?

Marq. Esta llave.

Blanc. I esa llave!

Marq. Es una llave de oro. Quiero decir que he tenido que pagarla a precio tan subido que habria de sobras para hacerla de oro.

Blanc. (Sentándose tranquilamente en un sillon.) Ya comprendo i os voi a decir cual es vuestra idea. El señor marques Jacobo Giordani conoció en Lóndres a una artista, i como el señor marques quiso convertirla en su querida, la puso precio. Sinembargo la artista era difícil de contentar. Encontraba al señor marques Jacobo Giordani tan fátuo como necio, i no quiso venderse. Desesperado se fué a Nápoles, desesperado, digo, porque hiciera una apuesta con uno de sus amigos sobre que ántes de tres dias la artista seria su querida, i perdió la apuesta. A Nápoles fué tambien la artista poco tiempo despues. Reiteró el marques sus protestas i sus ofertas, pero la artista que continuaba todavía hallándole necio i lo que es mas, ridículo, reiteró tambien sus negativas en Nápoles i le despreció como en Lóndres. Picado entónces el marques en su reputacion de Lovelace infatigable, compró una llave a algun servidor infiel a su señora, e introduciéndose furtivamente en el cuarto de esta última, en ocasion en que se hallaba sola, la dijo...Qué la dijo, señor marques?

Marq. (Sentándose con la mayor sangre fria en un sillon.) La dijo, sentándose cómodamente en un sillon: señora, yo no he entrado furtivamente, como usted dice, en su cuarto de usted. He entrado por el contrario públicamente acompañándome mis amigos hasta el pié de la escalera i dejando mi coche a la puerta, de modo que todo Nápoles, señora, sabe en este momento que el marques Jacobo Giordani se halla en el cuarto de vestir de la prima donna Blanca Florencini. Ademas la dijo: señora, créame usted, avéngase usted a las buenas razones i seamos amigos. El amante tierno i tímido que tiene usted a sus plantas puede trocarse en dueño i soberano. I luego; Nápoles entero ha visto mi coche a la puerta, Nápoles entero se figura que es usted ahora mi querida. Que a lo ménos sea cierto lo que se figura. Qué diablo! tambien así como así le colgarán a usted el milagro, con qué...

Blanc. (Levantándose i con dignidad.) Ná-

poles entero sabrá mañana, señor mio, que si el marques Jacobo Giordani se introdujo, aunque no furtivamente, fraudulentamente a lo ménos en el cuarto de la prima donna Blanca Florencini. Nápoles entero, repito, sabrá mañana que la prima donna Blanca Florencini despreciando sus amenazas como habia despreciado sus ofertas, supo hacer arrojar por una ventana al señor marques Jacobo Giordani.

Marq. Señora...

Blanc. Me permitirá usted que me retire a mi tocador. Espero que ántes de seis minutos se habrá usted marchado i que no me veré en la dura necesidad de promover un escándalo, que, créalo usted señor marques, ni a usted ni a mí nos haria honor. (*Entra en su gabinete.*)

ESCENA III.

EL MARQUES.

I lo hará como lo dice. Qué diablo! esas virtudes de teatro cuando les da por lo trájico son unos Otelos femeninos, unos Calígulas con faldas. Arrojarme por la ventana! Pues estaria chistoso: tendria que ver un marques volando por los aires. (*San Luis entra por la misma puerta que el marques.*) Creo que lo mas prudente será en efecto dejar libre el campo. Un escándalo me comprometeria i sobre todo despues de haber dicho... (*volviéndose*) oh! el señor conde de San Luis!

ESCENA IV.

EL MARQUES, SAN LUIS.

San Luis. El mismo, caballero.

Marq. El señor conde aquí. (*Ap.*) Bien decia yo!

San Luis. Queria asegurarme, señor mio, de si era verdad como decian que era usted el amante favorecido de la Florencini, pero escondido tras de aquella puerta solo han llegado a mis oidos, por parte de usted... insultos a cual mas groseros.

Marq. Conde!

San Luis. He dicho insultos, caballero.

Marq. Pero, amigo mio...

San Luis. Con que el señor marques Jacobo Giordani se envanece ante sus amigos de ser el amante de la Florencini, les enseña la llave de su cuarto, les indica haber recibido hora para una cita, i lo de amante es una necedad, la llave es falsa i la cita un embuste!

Marq. Señor conde de San Luis, no permito que nadie me insulte.

San Luis. Con qué el señor marques Jacobo Giordani necesita amenazar para hacerse querer de una mujer, i necesita colocar a la víctima entre la infamia i la deshonra para luego decirla dramáticamente: escojed! Se ha lucido usted, señor marques, si todas sus tan cacareadas conquistas son como ésta!

Marq. Señor de San Luis!

San Luis. (*Severa i friamente.*) Señor mio!

Marq. Se me sube ya la mosca a las narices, entiende usted? cuidado con mi cólera! Mi cólera es sangrienta... causa estragos.

San Luis. Creia que tenia que habérmelas con un insolente, veo que ni para ello es usted bueno. Bien ha dicho la Florencini, señor marques, es usted un necio.

Marq. Cuando digo que voi a olvidar que usted ha sido mi amigo.

San Luis. Puede usted olvidarlo cuanto mas ántes mejor; me hará usted en ello un obsequio.

(*Se sienta volviendo la espalda al marques.*)

Marq. (*Ap.*) I se sienta como si tal cosa! Bien decia yo! La Florencini i él... oh! las mujeres, las mujeres! Pero qué diablo! Me ocurre una excelente idea... La condesa está celosa como un Otelo...oh! lo conozco bien i sus celos me vienen ni pintados... Nada, nada, recurramos a los grandes medios. En un decir amen voi a ver a su esposa i vuelvo con ella... magnífico! Soi un verdadero don Juan. (*Alto i trájicamente al conde.*) Señor de San Luis, me ha insultado usted, me ha dicho usted cosas... cosas que... que... Señor de San Luis, nos veremos.

(*Vase precipitadamente por la derecha.*)

ESCENA V.

BLANCA, EL CONDE DE SAN LUIS.

Blanc. (*que al ver a San Luis se arroja hácia él con los brazos abiertos.*) Guztavo! Gustavo, hermano mio!

San Luis. (*Rechazándola.*) Sí, su hermano de usted, señora, su hermano de usted que al recibir su carta primero i la llave de esta puerta en seguida, ha consentido en venir a ver a usted mas bien como un amante que se degrada, que como un hermano que se oculta.

Blanc. (*Tiernamente.*) Gustavo.

San Luis. I por cierto que a buena ocasion ha llegado su hermano de usted! A buena ocasion para verla espuesta a us-

ted, a la deshonra, al desprecio público. Hé ahí las funestas consecuencias de la carrera por usted emprendida!

Blanc. Nó, Gustavo, nó; mi carrera es noble, mi carrera es digna. Si algunas mujeres han hecho de ella un mercado, no soi yo por cierto de este número. No pertenezco yo tampoco a la clase de aquellas mujeres que cometida la primera falta, se creen con derecho a cometerlas todas. Hace cinco años, necesitaba olvidar: un pensamiento desgarrador oprimia mi corazon, un remordimiento terrible me envenenaba el alma: entré en el teatro, quiese vivir por la gloria i para la gloria: convertí mi nueva profesion en sacerdocio, i como el tribuno desde su cátedra, como el ministro del altar desde su púlpito, me dediqué a conmover, a impresionar, a halagar al público para que éste, a su turno, me devolviese en aplausos las emociones nuevas que yo pudiera hacer sentir a su alma, para que éste, a su turno me aclamará con sus mil bocas, me levantara sobre sus mil brazos, me humillara sus mil frentes, i para que yo entónces i en fin sintiera latir de gozo mi pecho i embriagada con el triunfo olvidara por un instante el doloroso aguijon del remordimiento.

San Luis. (conmovido i que ha ido deponiendo su severidad a medida que ha hablando Blanca.) Hermana mia!

Blanc. Sí, mucho he sufrido, Gustavo; muchas veces he ceñido corona de espinas en lugar de flores; muchas me he proclamado yo mártir cuando el mundo me aclamaba artista; pero en cambio tambien he tenido instantes de olvido, de embriaguez, de felicidad. Cuando un pueblo entero jemia a mis plantas, cuando conmovido por mis inspiraciones depositaba a mis piés su ofrenda de lágrimas i de aplausos, cuando desconsolada amante, triste madre, o infiel esposa tenia tantas bocas pendientes de la mia, tantas manos dispuestas a aplaudir, tantos ojos que clavados en mí ni siquiera pestañeaban, oh! entónces me sentia feliz, me sentia soberana; el orgullo, ese vértigo del hombre, iba subiendo por grados hasta enloquecer mi mente, hasta embriagarme el alma, i me decia: «Bien compensa esto mi falta, bien puede esto atraerme el perdon de mi hermano. Mi caida ha sido la caida de un ánjel, i no porque mis alas hayan rozado el fango son por esto ni ménos puras ni ménos blancas. Esas lágrimas son el bautismo de mi pureza, esos aplausos el sudario de mi falta. De entre los brazos de mi hermano, salí criminal; volveré artista!»

San Luis. Oh! Blanca, hermana mia, sí, ahora que nadie nos oye, ahora que ningun oido indiscreto puede vendernos, te abriré mi alma. Sí, hermana mia, yo el primero he sentido palpitar mi corazon al ver tu nombre repetido por las mil lenguas de la fama, yo el primero he seguido de léjos tus triunfos i he sentido tambien parte de esa misma embriaguez, al recordar que un miembro de nuestra familia trabajaba en la gran obra de la rejeneracion del jénio, en esa gran obra de rejeneracion social que acabará por dar la primacía al talento, por conceder la aristocracia al mérito. Pero, cállalo, cállalo, hermana mia. El mundo tiene sus preocupaciones i tú misma, por frescas que hayan sido las flores con que han ceñido tu frente, debes sentir en ella todavía el calor de los lúbricos besos de un infame. No se borra tan fácilmente esa mancha, hermana mia, i, tú lo sabes, cuanto mas blanco es el vestido, mas se nota en él una mancha por lijera que sea.

Blanc. Gracias por haberme hablado así, Gustavo. Mi carrera teatral es una espiacion. Tanto haré, que Dios me perdonará como me has perdonado tú.

San Luis. Sí, te he perdonado ahora como ya te habia perdonado ántes. Pero, créeme, el mundo entero debe ignorar ese perdon, porque el mundo entero debe ignorar que soi tu hermano. Aquí, a solas, cara a cara con mi Blanca i con su gloria, me envaneceré, sentiré latir de orgullo mi pecho, porque yo rechazo, condeno esas rastreras preocupaciones que hacen a la aristocracia del nombre, insensible a la aristocracia del corazon. Sinembargo, ante el mundo, ante la sociedad, soi débil, soi esposo; tengo deberes que cumplir, tengo derecho a hacer respetar el nombre que debo legar un dia a mis hijos, el nombre que puro i sin mancha he enlazado al nombre de mi esposa. Hermana mia, es preciso que partas, que vayas en pos de nuevos triunfos, de nuevos aplausos. Me venceria la emocion si te tuviera junto a mí, si no necesitaran ecos tus triunfos para llegar hasta mis oidos. Te seguiré de léjos como sigue el navegante la estrella que le guia, como el poeta adora a la mujer de sus sueños, i cuando el nombre de la Florencini resuene en mis oidos envuelto en su seductora aureola de gloria, me envaneceré i me diré en voz baja:

"ese nombre es San Luis. Aplaudid vosotros a Blanca Florencini, yo admiro a Blanca de San Luis; admirad vosotros a la noble artista, yo admiro a la artista noble!»

Blanc. Partiré, sí, debo partir. Me lo dicta tambien el corazon.

San Luis. Partirás i sin pérdida de tiempo, esta noche misma.

Blanc. Tan pronto!

San Luis. Sí, tan pronto, hermana mia, porque a tu vista he depuesto la severidad con que queria recibirte, a tu acento se ha despertado en mi alma mi antiguo cariño hácia tí, ese cariño fraternal, mezcla de amor i de idolatría. Si aquí permanecieras me disputarias el amor que debo a mi esposa, me impelirias a que un dia, en uno de esos dias tan frecuentes en tu vida de artista, en uno de esos dias en que entusiasta el público, te ahoga en un mar de flores, me impelirias, digo, a que en alta voz me envaneciera, a que en alta voz te llamara: hermana mia!

Blanc. Pero, partir tan apresuradamente, Gustavo! cuando apénas te he visto, cuando apénas te he hablado! I luego, necesito hacer mis preparativos, necesito determinar tambien el punto a donde debo dirijirme.

San Luis. Todo lo he premeditado. Abajo en la puerta del teatro te aguarda una silla de posta, tu criado está prevenido, tambien tu doncella; se han trasladado todos tus efectos, nada te falta, i te dirijes a Paris. (*Sacando un papel de su cartera.*) Toma, ahí tienes la escritura en blanco para el mejor teatro de la capital de Francia. Mi amigo Rosal que estaba encargado de presentártela, te acompañará... Ni una observacion, ni una palabra, hermana mia. Para tu felicidad, para la mia propia, conviene que partas esta noche misma.

Blanc. (*Llora.*) Partiré, Gustavo.

San Luis. (*Como haciendo un esfuerzo sobre sí mismo.*) I ahora a Dios, hermana mia, a Dios.

Blanc. (*Apoyándose en un sillon.*) Oh! (*Viendo que San Luis se marcha.*) I me dejas partir así, sin ni siquiera abrazar a tu pobre hermana, a la que quizá verás por última vez?

San Luis. (*Retrocediendo.*) Oh! nó, nó, ven, sobre mi corazon.

Blanc. (*Abrazándole i sollozando.*) Hermano mio!

San Luis. Valor! valor, Blanca! (*La conduce cerca de un sillon la hace sentar en él, quiere abrazarla de nuevo, pero sobreponiéndose a su emocion se enjuga las lágrimas i parte precipitadamente.*) Adios, hermana mia, adios! (*Se va por el fondo.*)

(*La escena permanece por algunos instantes en silencio, interrumpido solo por los sollosos de Blanca.*)

ESCENA VI.

BLANCA.

Partió! partió! Oh! héme aquí otra vez sola en el mundo, cara a cara con mi falta i con mi gloria... I es tan desnuda la gloria cuando no se tiene un seno en que reposar la abrasada frente, una mano amiga que estrechar con entusiasmo! Gustavo! Gustavo! la primera vez me lo quitó mi falta, ahora me lo roba la sociedad... Ya se vé! Quién le manda a una artista tener un hermano conde! Es mucho lujo para una cantatriz, demasiado oropel para una mujer de teatro!

ESCENA VII.

VICTOR ROSAL, BLANCA, TERESA I EL MARQUES.

Ros. (*Por la puerta del fondo.*) Señora.

Blanc. (*Disimulando su emocion i enjugándose las lágrimas.*) Caballero!

Ros. Espero tendrá usted a bien dispensarme, señora, si tan de improviso me he tomado la libertad de entrar en el cuarto de usted. El señor de San Luis acaba de manifestarme que ha sido aceptada por usted la escritura de la empresa que represento, i que en su consecuencia desearia usted partir para Paris sin dilacion ninguna.

Blanc. Ah! es usted el señor de Rosal, de quien acaba de hablarme?

Ros. El mismo, señora.

Blanc. Rosal (*Haciendo como que recuerda.*) Yo conocia un Víctor Rosal, amigo íntimo de San Luis, su compañero de infancia.

Ros. Precisamente.

Blanc. Oh! gracias, Dios mio! A lo ménos, me será dado hablar de él... porque yo le quiero, digo, le aprecio mucho a ese buen San Luis. Oh! si supiera usted cuanto le aprecio.

Ros. Me lo han dicho señora.

Blanc. Cómo! le ha dicho a usted...

Ros. Sí, me ha dicho que hace mucho tiempo que se conocen ustedes. Que unidos ámbos corazones por una inesplicable simpatía, se profesan ustedes una sincera i duradera amistad que no

han sido bastante a cortar los triunfos alcanzados posteriormente por usted en el teatro.

Blanc. Sí, sí, es un verdadero corazon de oro el que abriga Gustavo de San Luis. *(Teresa asoma por la puerta de la derecha i permanece inmóvil i muda en el umbral sin ser vista de ninguna de las dos personas que ocupan el proscenio. El marques Giordani aparece tras de ella.)* Por inmensa que sea la distancia que separa a la humilde artista del noble conde, nunca ha echado en olvido a la pobre Blanca. Siempre le ha conservado, i hoi mas que nunca lo he conocido, un resto de ese cariño de otro tiempo, cariño puro i casto como el pensamiento de una madre, i que solo coloca Dios en los nobles corazones. Mucho me cuesta el separarme de su lado, del pais que habita, ahora mayormente que de nuevo he vuelto a estrechar su mano amiga. Oh! bien quisiera dejarle algun recuerdo, cualquiera cosa, algo que como ofrenda de la pobre artista pudiera el noble conde apreciar en su verdadero valor. Ah! *(Llevando la mano a su seno i sacando un retrato pendiente de un cordoncito negro.)* Este retrato... oh! sí... el mismo que hasta sus últimos momentos llevó sobre su corazon mi infeliz madre. Sí, este recuerdo le será grato, este retrato mojado con las lágrimas de placer de la artista, con las lágrimas de dolor de la mujer, será un bálsamo consolador para la herida que en su pecho causará mi ausencia. Oh! i si supiera lo cara que me es esta imájen, mas la apreciaria aun. Ha sido durante muchos años mi confidente, mi único amigo, ha escuchado mis fervientes rezos, ha contemplado mi amargo llanto... Pobre madre mia! *(Contemplando el retrato.)* Ninguna emocion, adversa o favorable, alegre o triste ha albergado el corazon de tu hija que en voz baja, mui baja, no haya venido a relatártela... Sí, le daré este retrato, me desprenderé de mi joya mas querida, i la besaré ántes *(lo hace)* pues segura estoi que sus labios irán a buscar el sitio donde por última vez hayan reposado los mios... Pero, quién será el portador? Quién le dará la única i modesta ofrenda de mi tierno cariño?

Ter. *(Se adelanta pálida como un espectro, coje el retrato que en su mano tiene Blanca i dice humildemente.)* Se lo daré yo, señora.

Ros. Qué veo!

Marq. *(Ap.)* Bueno! bueno! bueno!

Blanc. *(Sorprendida)* Usted señora?

Ter. Sí, yo, la condesa de San Luis!

Blanc. La condesa de San Luis.

Ter. La condesa de San Luis que ofrece entregar a su esposo el retrato de la madre de una cómica.

Ros. Señora...

Marq. *(Ap.)* Bueno! bueno! bueno!

Blanc. *(Reprimiendo un primer novimiento de cólera.)* La madre de una *cómica*, señora! Perdónela Dios a usted el sacrilejio que encierran estas palabras.

Ter. *(Irónicamente.)* Puede usted partir tranquila, señora. Le diré a mi esposo lo mucho que le ha costado a usted desprenderse del retrato de su madre, le diré a mi esposo que la humilde *cómica* no ha encontrado nada mejor que ofrecerle para manifestarle su cariño, que el retrato de su madre. *(Al marques)* Oh! las *cómicas* tienen arranques sublimes, inspiraciones que no nos es dado sentir a nosotros los que no pisamos los umbrales del templo de la inmortalidad, no es cierto, marques?

Marq. I tanto, señora! Soi exactamente de este mismo parecer. Las... mujeres de teatro llevan siempre repletos sus bolsillos de golpes dramáticos i de lágrimas portentosas.

Blanc. Señor marques Jacobo Giordani, he tenido ya el gusto de decirle a usted, no hace mucho, en este mismo aposento, cuando queria usted hacerle la corte a esa *mujer de teatro*, que era usted un necio insoportable.

Marq. *(Ap.)* Malo! malo! malo!

Blanc. Puedo permitir que la señora me insulte, pero no lo sufriré de usted. Nosotras las cómicas como usted nos llama, tenemos acaso mas alma que ustedes los marqueses, pues si nosotras hacemos llorar al público, ustedes hacen reir a la sociedad. Por lo demas, tan teatro es el salon de una casa como nuestro escenario: en éste reina la emulacion, la lucha noble de artista a artista, el afan de la gloria; en aquél la bajeza, la ruindad, la intriga. Marqueses conozco yo que valen ménos que un cómico, i cómicos que tendrian vergüenza de parecerse a ciertos grandes señores. La artista de alma verdadera, la que siente latir en su pecho un corazon entusiasta por el arte i hervir en su mente la inspiracion del jénio, no va en busca de ningun noble, porque hai en ella suficiente nobleza que prestara los que de ella se encuentran faltos. Esta es talvez la razon porque el noble se humilla mui a menudo hasta ella, envaneciéndose en prender a su frac una flor de su corona, con el mismo orgullo

con que pondria en su dedo el diamante de una reina. (*Estiende la mano a Rosal que la acepta acompañándola hasta el fondo i saliendo con ella.*)

ESCENA VIII.

TERESA, EL MARQUES.

Ter. (*Cayendo en un sillon.*) Oh! Dios mio! Dios mio! todavía me insulta. Es atroz, insufrible mi martirio. Me han herido en mitad del corazon! Oh! los celos! los celos!

Marq. (*Ap.*) Qué de cosas ha dicho! I todas buenas, por supuesto! En fin, vamos a tantear ahora el terreno. Me parece que debo hallarla mui blanda. (*A Teresa.*) I bien, señora, que la decia yo a usted?

Ter. (*Levantándose con resolucion.*) Lo que usted me decia, señor marques, eran necedades. Me ha hecho usted venir aquí, i para qué? Para presenciar el *sentimentalismo* de una mujer que le ha dicho a usted mui lindas cosas, por cierto. La conducta de usted, marques, es infame. Ahora veo claro en este negocio. Nada ha podido usted conseguir de la Florencini i ha querido despertar usted mis celos, para de este modo ver si me prestaba yo a los obsequios de usted. Pero... pobre marques! ha errado usted el camino, amigo mio. Celos yo!... yo?... já! já! já! (*Riendo convulsivamente.*) Pues digo! qué poco conoce usted a las mujeres, marques, i si cree usted bueno ese método, en verdad que serán pocas las que caigan en poder de usted. Já! já! já! Déjeme usted que me ria, marques. Vaya! vaya! Creer que podria uste infundirme celos! i de quién? de Gustavo, a quien conozco tan a fondo? Já! já! já! Se ha lucido usted marques, se ha lucido usted... Já! já! já! (*A parte i cayendo en un sillon como si la oprimiera la risa.*) Oh! esta risa me desgarra el alma!

Marq. (*Aparte.*) Que me ahorquen si entiendo una palabra. (*Dirijese al fondo i se va por la puerta del teatro.*)

ACTO TERCERO.

Gabinete del conde de San Luis. Una mesa de trabajo encima de la cual hai esparramados papeles, cartas i libros.—Puertas laterales.—El conde está durmiendo sobre un sofá colocado junto a la mesa.—En segundo término a la izquierda una ventana.

ESCENA PRIMERA.

LORENZO, EL CONDE.

(*Lorenzo que entra por la puerta de la derecha, el conde durmiendo.*)

Lor. Duerme. Pobre señor! Bien lo necesita despues de tanto pasar las noches en vela i de tanto disgusto! I el caso es que no me atrevo a despertarle... Sinembargo el tiempo urje. (*Se acerca a la ventana i mira por ella*) el aire es cálido i todos los síntomas son de que ese maldito volcan nos va a dar nuevas de su presencia. Sí, amenaza pronto una esplosion i en esta quinta no estamos mui seguros... Dicen que la última erupcion fué terrible... debemos buscar un refujio en Nápoles.

ESCENA II.

LORENZO, TERESA.

Ter. (*Entrando por la derecha.*) Lorenzo!

Lor. Señora? (*Aparte.*) Cuán pálida está, Dios mio!

Ter. Vete a hacer los preparativos i parte en seguida a Nápoles con María i los demas sirvientes. El Vesubio amenaza una erupcion; partid, pues, sin demora.

Lor. Pero i usted, señora? i el amo?

Ter. Engancha el caballo pio al cabriolé, i que se halle dispuesto para cuando lo necesitemos. No tardaremos en seguiros. Vete.

Lor. Señora...

Ter. Qué?

Lor. Deseaba advertir a usted que el señor conde se halla durmiendo... Talvez seria bueno despertarle...

Ter. Bien está. Ya haré yo lo que convenga. Vete.

ESCENA III.

TERESA, SAN LUIS.

Ter. (*Mirando al conde dormido.*) Durmien-

do! Oh! si yo pudiera dormir! Las emociones me matan, cada nueva idea es una montaña que pesa sobre mi corazon, que me oprime, que me ahoga. Dormir! qué bueno debe ser dormir! El sueño es la vida, la felicidad. Para nosotras las que tenemos celos, las que abrigamos una realidad en el corazon, el sueño es un Dios enemigo en cuyos altares no quiere admitir nuestros sacrificios. El Señor me ha dado este corazon de italiana constante en amor, terrible en odio, implacable en venganza. Mucho tiempo hace, cuando por vez primera oí pronunciar el nombre de esa mujer, parecióme que la frialdad del hierro penetraba en mi corazon: su nombre me hizo daño como la punta de un puñal. Hace pocos dias cuando la ví besar el retrato, regalo que iba a hacer a Gustavo, creí que un velo de luto se estendia sobre mis pasadas horas de felicidad, i que aquella mujer, implacable fantasma del porvenir, se alzaba envuelta en su traje de cortesana, para interponerse entre mi esposo i yo, entre mi pasado de dicha i mi presente de amargura. Oh! si supierais, Dios mio, cuánto sufro! Sacrílegas ideas se agolpan en mi mente cuando os dirijo mis nocturnos rezos, blasfemias las mas terribles están a veces prontas a desprenderse de mis labios mezcladas con las puras frases de mis plegarias! Oh! mucho sufro, mucho! i entre tanto él, Gustavo, el infame, el perjuro, allí, durmiendo sosegadamente, soñando talvez que recostado en el seno de esa mujer bebe en sus labios la dicha, la felicidad que mil veces me ha mentido... *(Acercándose a la mesa i viendo una carta empezada.)* Que veo... Dios mio! una carta comenzada... será para ella?... oh! el corazon me dice que sí... Veamos, veamos... Oh! no puedo... un velo ofusca mi vista, *(oprimiéndose con ámbas manos el pecho)* el corazon pugna por romper mi pecho... Señor, Dios mio, compadeceos de mí, que no sufra tanto! me mata tanto sufrir! *(Pausa.)* Veamos esta carta. *(La lee)* «Mi querida Blanca.» *(Representando.)* Su querida Blanca! *(Continuando.)* «Pronto iré a Paris, a estrecharte contra mi corazon...» *(Estrujando furiosamente la carta i pisoteándola.)* Oh! infamia! infamia! Pronto irá a Paris a estrecharla contra su corazon... oh! i yo!... i yo?... Abandonarme! Partir a Paris! Tanto ama, pues, a esa mujer? Tanto la ama que necesita partir, abandonar a su esposa, ir a buscar en sus brazos la felicidad que no encuentra en los mios?.. Oh! nó, no partirá. Antes me arrojaré a sus piés, le diré bañada en llanto lo que sufro, lo que padezco, lo que le amo, tanto le diré que me creerá... i si no me cree, si prescinde de mis lágrimas, si desprecia mis protestas, si se rie de mis palabras i de mi amor... si se rie de mi amor... pues bien, entónces, si se rie de mi amor.... entónces... le mataré, sí, le mataré... no sé cómo, no sé de que manera, pero le mataré i.... Misericordia de Dios! yo estoi loca! *(Cae anonadada sobre un sillon.)*

ESCENA IV.

TERESA, SAN LUIS, LORENZO.

(San Luis durmiendo, Lorenzo por la derecha.)

Lor. Señora, los amagos de una erupcion se hacen cada momento mas sensibles, todos los criados de la quinta se han marchado ya, el cielo empieza a tomar un color rojizo, el humo es mas denso cada vez, se ha dejado oir algun rujido, el aire es sofocante...

Ter. Sí, tienes razon, me ahogo, oh! me ahogo!

Lor. Señora, creo que seria bueno despertar al señor conde i ponernos en camino, partir cuanto ántes...

Ter. *(Levantando la cabeza.)* Partir! él! *(Volviendo en sí.)* Ah! tienes razon. Vete, Lorenzo, vete. No tardaremos nosotros en seguirte. El volcan amenaza siempre dos o tres dias ántes. Tenemos tiempo de sobra.

Lor. Pero, señora...

Ter. Vete a Nápoles a disponer la casa, a arreglarlo todo, que lo hallemos todo corriente a nuestra llegada.

Lor. Quiere usted que despierte al señor conde?

Ter. Nó; márchate.

Lor. Bueno, me marcharé, pero créame usted señora, despierte usted al señor conde i parta usted cuanto ántes. El volcan se presenta esta tarde mui amenazador. No creo que pasemos esta noche sin que le veamos hacer alguna de las suyas. *(Váse por la derecha.)*

ESCENA V.

TERESA, SAN LUIS.

(San Luis siempre durmiendo.)

Ter. *Iré mui pronto a Paris para estrecharte en mis brazos!* Oh! nó, no irá, no quie-

ro que vaya! Es posible que le haya escrito esto? I dónde? aquí, en este gabinete mismo, testigo de nuestras horas de placer, de nuestros dias de embriaguez, en este gabinete donde tantas veces sentada sobre sus rodillas, dejando que el cierzo de la noche azotara contra sus encendidas mejillas mis flotantes rizos, enlazados mis brazos a su cuello, he murmurado en sus oidos palabras de amor i de cariño que le han hecho estremecer de gozo i palpitar de emocion. Aquí, donde cada objeto es un anciano amigo que ha presenciado nuestra felicidad, aquí mismo, profanando los mas santos recuerdos, ha sido donde impudentemente ha escrito a una querida: «Iré a Paris para estrecharte contra mi corazon!» Oh! ese hombre no tiene alma, no tiene fé, no sabe lo que es amar... amar como amo yo, con el fuego que consume mis entrañas, con el ardor que quema mi frente, con la fiebre que estremece mi cuerpo... Pero, Dios mio, qué es lo que he hecho yo para sufrir tanto? Bien lo sabeis, Señor, le amaba como es dado amar a una mísera mujer; por él os habia olvidado a vos, Dios mio! por él hubiera renegado de mi alma si me lo hubiera exijido, por él... (*El conde se ajita soñoliento i murmura el nombre de Blanca. Teresa se interrumpe i permanece muda, inmóvil i pálida deteniendo su respiracion como si quisiera oir i como si temiese haber oido mal.*) Oh! qué ha sido esto, Dios mio? Su nombre ha zumbado en mis oidos.... Será que me haya vuelto loca, Señor?

San Luis (*soñando.*) Blanca, Blanca, espera, no... te... vayas!

Ter. Condenacion! Hasta en el sueño le persigue su imájen, su adorada imájen. Dios mio, la cabeza se me parte! Dios mio, creo que voi a volverme loca! (*Pausa.*) «Iré a Paris a estrecharte contra mi corazon!» Nó, no partirá, no irá a Paris. Le mataré ántes. (*Medio delirante.*) I qué importa matarle? No me ha robado mi corazon? No me ha dejado sin fé, no ha muerto mi esperanza?... Sí, le mataré, necesito un arma para matarle... No quiero que parta, no quiero que vaya a Paris! (*Recorriendo la escena en busca de un arma i parándose de pronto.*) Pero yo no puedo matarle, Dios mio! No tendria valor, no me siento con fuerza.... le he amado tanto! He sido tan feliz con él!! (*Oyese un sordo i prolongado rujido, una luz sanguínea que de pronto se dibuja en los cristales ilumina fantásticamente la habitacion.*)

Ter. Oh! qué es esto? qué sucede? (*Corre precipitadamente a la ventana, la abre de par en par, arroja un delirante grito de salvaje júbilo, alza las manos al cielo i va apresuradamente a postrarse de rodillas en mitad del teatro!*) Ah!... el volcan, el volcan! Gracias, Dios mio!

San Luis (*Despertando sobresaltado.*) Teresa! Teresa! Qué es esto? qué ha sido esto?

Ter. (*Levantándose.*) Gustavo, prepárate para morir!

San Luis. (*Mirando a su alrededor i viendo la rojiza luz estendida por las paredes del aposento.*) El volcan, el volcan! Oh! estamos perdidos!

Ter. (*Tranquila i sarcásticamente.*) No te parece que huele a sepulcro esta estancia?

San Luis. Teresa! Teresa! amor mio, es preciso huir, huir pronto.... (*llamando*) Lorenzo! María!

Ter. Es inútil llamarlos. Estamos solos.

San Luis. Solos? cómo es eso?

Ter. Les he mandado a todos a Nápoles para arreglar nuestra casa miéntras yo me quedaba aquí para disponer nuestra tumba.

San Luis. Teresa, qué tienes? Estás desconocida. No te espanta la proximidad del volcan? (*Acercándose a la ventana.*) Dios mio! La lava empieza a brotar i pronto se estenderá por los flancos de la montaña. Teresa, Teresa, huyamos o somos perdidos.

Ter. Nó, no huiremos. Te quedarás aquí, conmigo; moriremos juntos. Que mas quieres cuando comparto tu tumba. No te acuerdas? Tú me lo decias en nuestras noches de embriaguez i felicidad no se me han olvidado tus espresiones. Te acuerdas? Decias: «vivir juntos en la misma casa, compartir entre ámbos el mismo tálamo, descansar juntos en la misma tumba.» Te acuerdas, dí?

San Luis. Mujer, estás perdiendo un tiempo precioso. Cada instante que ahora pasa es un siglo. Ven, sígueme. Si yo no hubiera estado dormido, nos salvábamos. (*El color sanguíneo de las paredes va en aumento.*)

Ter. Nó, si tú no hubieras estado dormido, nos perdiamos, o me perdia yo a lo ménos. Dí, i para qué quieres salvarte? para verla otra vez, no es cierto? para ir a reunirte con ella en Paris? para estrecharla contra tu corazon? para reirte en sus brazos a carcajada tendida de Teresa, de la que ha sido tu Teresa, de mí, pobre loca, que he tenido la vanidad de creer que tu corazon español era capaz de abrigar amor por una italiana!

San Luis. Que estás diciendo, esposa mia? Qué palabras son éstas? Por qué me hablas así?... Esplícate... Dios mio! si estará loca esa mujer!

Ter. Loca, sí, Gustavo, loca de amor, de desesperacion, de rabia! Afortunadamente me he acordado de tus palabras i he querido cumplir tus deseos. Hemos dormido en el mismo lecho, descansaremos en la misma tumba. Oh! mucho la amabas a esa mujer cuando querias abandonarme, pero mira, ya ese mar de lava te separa; vete ahora a reunir con ella, vete a Paris a estrecharla contra tu corazon.

San Luis. Dios mio! Dios mio! está loca, loca enteramente! I en qué momento, señor!

Ter. (*Sacando un medallon de su pecho.*) Ah! se me olvidaba! No quiero que mueras sin haber visto su regalo, me comprometí a dártelo... Aquí lo tienes.

San Luis. (*Contemplando el medallon.*) El retrato de mi madre! de mi madre querida!

Ter. (*Abalanzándose a él.*) Qué es lo que has dicho, Gustavo? De quién es ese retrato, responde, respóndeme por piedad!

San Luis. De mi madre; pero como está en tus manos?

Ter. (*Sin atender a su pregunta.*) Pues entónces, esa Blanca, esa Florencini, esa actriz, esa cantante, que sé yo!... dime, quien es? Oh! dímelo como si le hablaras a Dios, dímelo... Quién es?

San Luis. Mi hermana! mi pobre hermana!

Ter. Condenacion! Condenacion eterna!

San Luis. Vida mia, Teresa!... (*Nuevo i prolongado ruido.*) Oh! ven, huyamos, ven, aun es tiempo quizá.

Ter. Nó, Gustavo, nó; vete, huye tú solo. Yo debo quedarme, debo morir, estoi maldita de Dios i de los hombres!

San Luis. Tu razon se estravia.

Ter. Oh! perdon, Gustavo, perdon. Los celos me mataban, la desesperacion me habia vuelto loca, sentia destrozarse mi pecho a impulsos de una pasion desconocida, creia que ella era tu querida, i... ya lo ves, i... quise matarte. Pero vete, huye, todavía es tiempo, eres hombre, puedes salvarte, yo... yo no puedo, nó. Déjame morir... Quiero morir!

San Luis. Teresa, no te entiendo, no sé lo que dices, no quiero entenderte. Solo pienso en el volcan, en la lava que nos amenaza. Teresa, vida mia... Oh! tiembla el suelo bajo mis piés... No oyes? Dios mio! se abren las paredes Teresa, huyamos! por piedad huyamos!

Ter. El volcan correrá mas que nosotros.... i sinembargo, yo no quisiera morir, nó!... Ahora ménos que nunca. Ven, Gustavo, huyamos. (*Nueva i mas cercana detonacion.*)

San Luis. Oh! No es tiempo ya. (*Corren apresurados hácia la puerta de la derecha i desaparecen por ella. El color rojizo que ha iluminado el teatro durante esta escena toma mayor incremento. Teresa i Gustavo, en brazos uno de otro, pálidos i desesperados vuelven a salir precipitadamente. San Luis se arroja a la ventana como si quisiera encontrar por ella salvacion. Teresa se desprende de sus brazos i cae de rodillas en mitad de la escena*) Es imposible, imposible! las olas de fuego baten ya los muros de la quinta; estamos perdidos enteramente!

Ter. (*De rodillas.*) Oh! Señor, mi Dios, salvadle a él aunque muera yo.

San Luis. (*Corriendo desesperadamente por la escena.*) Oh! una puerta, un paso cualquiera, una salida, Dios mio! (*Reparando de pronto en la puerta lateral de la izquierda.*) Ah! por aquí, ven, Teresa, aun nos queda una esperanza. Esta puerta da al campo. Ven!

Ter. Oh! protejednos, Dios mio!

(*Oyese un violento crujido; hácese mas viva la luz del volcan; se abren las paredes del fondo i dejan ver el Vesubio vomitando llamas i las ruinas de la quinta en las cuales se estrellan las olas de un mar de destructora lava. Un grito terrible i supremo indica que los esposos han encontrado su muerte en el camino donde pensaban hallar su salvacion.*)

Ter. i Luis. Ah!

3 0112 127857727